

La Sierra del Agua

100 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2016)

"El río grande de la Sierra y su barcaza"

En: "La Sierra del Agua: 100 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5923-5.

Editorial Universidad de Granada. 441-444



99. El río grande de la Sierra y su barcaza

Por Antonio Castillo



Barcaza que cruzaba el Guadiana Menor transportando la diligencia correo de Baza a Pozo Alcón. 1898-1908 (foto Biblioteca de Andalucía)

MUCHA HA SIDO la tinta vertida sobre cuál es el gran río que sale de la «Sierra del Agua» de este libro, de esa sucesión de montañas que se alzan sobre el altiplano de Huéscar (en Granada) para disolverse en la llanura manchega más allá de Alcaraz (en Albacete). Un fabuloso territorio de más de 300.000 hectáreas en el que tienen su origen varios grandes ríos, que dirigen sus aguas tanto hacia el Atlántico como hacia el Mediterráneo.

neo. Para muchos ese río importante es el Guadalquivir por debajo de la confluencia con el de Hornos. Desde luego, tuvo que ser un espectáculo ver despeñarse sus furiosas aguas camino de Mogón por la estrecha cerrada que desde el año 1929 empezó a ser taponada por la presa del Tranco. Pero para otros, el gran río serrano siempre fue el Guadiana Menor aguas abajo de la confluencia con el Guadalentín, también bajo aguas embalsadas, en este caso del pantano del Negratín. En fin, no quiero acrecentar aquí ese otro río de tinta de la polémica, que bastante he contribuido ya con unas reflexiones junto al nacimiento del Guadalquivir, que aparecen en otro artículo de este libro. En esta ocasión, he querido rendir homenaje al único Río Grande de la Sierra conocido como tal, al Guadiana Menor. Para ello tomo como excusa una vieja fotografía que un buen día cayó en mis manos por pura casualidad, como casi todo en la vida.

Verán. Un caluroso día de agosto recalé buscando un botellín de cerveza en una venta de carretera, en mitad de ese desierto de cárcavas que se extiende por el centro de la hoya de Baza. De las paredes colgaban una docena de fotos de época, que parecían no importar a nadie. Con un frío quinto en la mano (no tenían tercios), las fui repasando, y quedé prendado de la que encabeza este artículo. No me pasó desapercibida aquella barcaza en tan imponente río, una escena que parecía sacada de latitudes norteñas, y me propuse investigar. Encontré esa misma foto en la biblioteca de Andalucía, junto a otra similar, en la que se veía la misma barcaza cargada de leña, y otros documentos relacionados. Me contaron que aquel río no era otro que el aldeaño (a la venta) Guadiana Menor, conocido antiguamente también como Río Grande (¡qué nombre tan bello!). Mi imaginación voló entonces a miles de kilómetros, a la querida Sudamérica, a países como Argentina, Brasil, Colombia y muchos otros, todos con varios «ríos grandes». Definitivamente, la foto parecía sujetarme, querer contarme una preciosa historia, y creí entonces oportuno escribirla.

Las fotos de época provocan habitualmente sentimientos de nostalgia, de remembranzas, de evocación de paisajes y paisanajes que se fueron para siempre. Es verdad que en escenarios naturales el paso de los años

deja en bastantes ocasiones sólo pátinas añejas, con perfiles que llegan a reconocerse con mayor o menor dificultad. Pero cuando los paisajes están antropizados, o en ellos aparecen personas, las imágenes se convierten entonces en auténticas piezas de museo, retazos de un tiempo y de un espacio que jamás volverán. Y de eso saben mucho estas inmensas sierras de Cazorla, Segura y aledañas, que en siglos pasados palpitaron de vida y actividad. De ahí el valor que para mí atesoran este tipo de fotografías (históricas), no solo desde el punto de vista natural, que por supuesto, sino también desde el etnográfico. Y ese es precisamente el caso que nos ocupa.

La escena, tomada entre 1898-1908, es absolutamente histórica e irrepetible porque todos sus elementos han desaparecido. Aparte, como es lógico, de las personas, se perdieron la barcaza, la diligencia y el cable de acero tendido entre las orillas. Una diligencia que, dicho sea de paso, no era más que el medio habitual de comunicación entre pueblos en aquellas épocas, en este caso entre Baza (Granada) y Pozo Alcón (Jaén), en el borde sur de la sierra de Cazorla. Pero lo más excepcional es que también se perdió el río, un irreconocible Guadiana Menor que yace desde el año 1984 plácidamente dormido bajo las profundas aguas del embalse del Negratín, un auténtico mar interior, rodeado a su vez de un océano de cárcavas, barrancos y ramblas.

Es fácil imaginar que aquel Río Grande (como tantos otros de España y Sudamérica) tuvo que ser en épocas pasadas soberbio, especialmente durante los deshielos. Quizás convenga recordar que al tramo fotografiado, que lamía las caídas del majestuoso Jabalcón, cerca de las Juntas (confluencia con el Guadalentín), rendían tributo las escorrentías de todas las vertientes meridionales de las sierras de Cazorla, de Castril y de Huéscar-La Puebla. ¡Ahí es nada! Ríos tan importantes cómo el Guadalentín, el Castril y el Guardal, que recogen también aguas de la vertiente mediterránea (cuenca del Segura), desde esa laberíntica superficie de sumideros que son los Llanos de Hernán Perea.

Cuencas fluviales todas ellas coronadas por picos y cuerdas superiores a los 2.000 metros de altitud, cómo el Buitre, Empanadas (2.107 m, el

punto más elevado del Parque Natural de las Sierras de Cazorla, Segura y las Villas), Tornajuelos, Guillimona y tantos otros, una enorme extensión abrupta y escabrosa, dominada por la excelsa atalaya cónica de la Sagra (2.381 m).

Tan magníficas y extensas altas montañas estaban en los inviernos de antaño cubiertas de blanco, para ofrecer fabulosos caudales primaverales durante el deshielo. Porque aparte de que antes nevara más, la desnudez del suelo daba lugar a mayores torrencialidades y caudales punta. Aquellas aguas, como bien muestra la imagen, eran absolutamente imposibles de vadear durante largos periodos de tiempo, ni de salvar tampoco por pasarelas o puentes rudimentarios dada la gran anchura entre orillas. Entonces, el recurso más económico y práctico era tender cables de acero, lo que permitía el paso de elementales barcazas, una técnica simple y barata que se sigue empleando en muchísimos ríos del mundo.

La foto que podríamos hacer hoy, en los albores del siglo XXI, es radicalmente diferente. No solo porque nieva menos y existe una buena cubierta vegetal, sino porque las aguas del Negratín han borrado las trazas de aquella primitiva red fluvial del Guadiana Menor. Y porque las aguas de cabecera de cada uno de sus tributarios han sido a su vez retenidas y domesticadas por otros embalses, como los de la Bolera (río Guadalentín), el Portillo (río Castril) y San Clemente (río Guardal). Y porque los cauces son eficientemente sangrados desde azudes y derivaciones para regadío. Y porque sus fuentes de cabecera andan mermadas por cuenta de tantos pozos y sondeos como se han hecho en los bordes de estas sierras.

Al final, la sed de un caluroso día de agosto y un botellín de cerveza (que no de agua) me dieron la oportunidad de mirar de frente a aquella vieja y olvidada fotografía y oír sus lamentos. Ella me habló de tiempos pasados, en los que por mitad de un desierto de cárcavas pasaba un soberbio río montano, «El Río Grande de la Sierra».

